

1936
FOTOS DE ANTES
DE LA GUERRA

Pío Moa

1936
FOTOS DE ANTES
DE LA GUERRA

ÁLTERA

EDICIONES

Primera edición: mayo de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Pío Moa

ISBN:978-84-121486-8-8

ISBN digital: 978-84-121486-9-5

Depósito legal: M-12194-2021

Ediciones Áltera

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

libros@altera.net

www.edicionesaltera.com

Impreso en España

ÍNDICE

NOTA DEL EDITOR.....	11
PRÓLOGO	15
1. LA QUEMA DE IGLESIAS	23
2. LOS SUCESOS DE CASAS VIEJAS.....	41
3. LA REVOLUCIÓN DE ASTURIAS.....	55
4. SEPARATISMO CATALÁN.....	87
5. EL MADRID DE PREGUERRA	115
6. OTROS DESASTRES DE ANTES DE LA GUERRA.....	139
7. CONSIDERACIONES SOBRE LA REPÚBLICA	155
8. SIMILITUDES CON LA ESPAÑA DE AHORA.....	175

NOTA DEL EDITOR

Es este un libro extraño y lo es por muchas razones. Lo primero es su título: pudiera pensar el amable lector que se trata de un error, puesto que en 1936 España se sumergía en la más vergonzosa de sus infinitas guerras. Es cierto, como también lo es que hasta aquel fatídico mes de julio, fecha del Alzamiento Nacional, se sucedieron dramáticos episodios que algunos tratan ahora de ocultar o «blanquear».

Otra cuestión que contribuye a la rareza de este ejemplar que porta en sus manos tiene que ver con el origen de estas fotografías. Todas ellas provienen de un viejo ejemplar titulado *La revolución y sus cómplices. Los dos bienios*, publicado por la extinta editorial El caballero Audaz, azote de la izquierda «progresista» en los momentos previos a la gran contienda civil. Sirva esta obra para ho-

menajear a aquellos que se jugaron la vida, al cabo de la tortura en alguna de las numerosas checas¹ de Madrid, Barcelona y otras muchas ciudades españolas, cuando defendían los ideales de una España aprisionada bajo las botas de Stalin. Por este motivo, hemos respetado los pies de foto originales de aquellos enardecidos redactores de la época que tuvieron a bien relacionar con fotografías tan explícitas.

Las imágenes que aparecen en este libro han sido reprocesadas por expertos en el tratamiento de imágenes hasta darles la máxima definición posible, dentro de las malas condiciones que ofrecen daguerrotipos tan antiguos. Así mismo, han sido coloreadas imitando las tinciones que se hacían en la época, para una mejor ambientación de estas fotos que son y hacen Historia con mayúsculas.

Una obra editada al revés: primero seleccionamos las fotos, luego le pedimos al mayor experto en la Guerra Civil, el genial Pío Moa, que las co-

1 Durante la Guerra Civil Española, la palabra «checa» se usó en nuestro país para definir un tipo de prisión que algunos grupos revolucionarios, vinculados con diversos partidos de izquierdas y anarquistas, utilizaron durante el conflicto para encerrar y torturar a sus oponentes políticos sin ningún tipo de garantía legal. Fuente: *Historia Nacional Geographic*.

mentara como solo un maestro puede hacerlo. El resultado es un libro para leer, observar, reflexionar y tener siempre a mano. Cada ejemplar de esta obra es un testigo gráfico de lo que muchos tratan de blanquear: una república que no supuso el menor avance social y acabó dividiendo a un país hasta hundirlo en la miseria y el atraso. Todo ello en el nombre de ideologías que erizaban el vello de la mayoría de los dirigentes europeos de la época.

Diferentes episodios, algunos de ellos casi olvidados como los sucesos de Casas Viejas, ilustran como nunca una época trágica que algunos se empeñan en revivir retorciendo, eso sí, el relato. Una división de España ya lejana que vuelve sobre los ideales de quienes todavía entienden el solar patrio como un tablero de ajedrez, en el que tumbar al rey es el objetivo primordial de la partida.

Solo una finalidad pretende esta obra: evitar el olvido y el blanqueo favorable de lo que fuera el mayor desastre de este país, por mor de ideologías que vuelven a cargar contra instituciones como la Corona y el Poder Judicial y contra la unidad de España.

LUIS FOLGADO DE TORRES
Editor Grupo Editorial Caudal

PRÓLOGO

La guerra no es más que la constatación del fracaso de la humanidad y si a los horrores que conlleva le sumamos el hecho de que se produce en el seno de un país, entonces el fracaso es el de un grupo de individuos que, reunido en torno a unas ideas, un territorio, una historia, unos símbolos y un concepto común de Estado, decide que debe imponer su modelo al resto de la comunidad.

Sin embargo, ha ocurrido siempre. Nos hemos enfrentado a graves epidemias, a enfermedades mortales, a grandes retos sociales, económicos y políticos con éxito, pero no hemos logrado superar el reto de dejar de matarnos. Seguimos empleando el mismo método para resolver conflictos que hace diez mil años, eso sí, con procedimientos más refinados.

Guerras económicas, guerras étnicas, guerras religiosas, guerras mundiales, guerras civiles, da igual el calificativo si el sustantivo es siempre el mismo. Y en las guerras nunca hay vencedores, todos perdemos algo. En todo caso, hay responsables o más bien irresponsables que, trasladando sus propias inquinas, decepciones y complejos, imponen a los demás un caballo de Troya que, en su seno, alberga el germen del odio.

Una vez inoculado, es cuestión de dejar que se desarrolle hasta alcanzar al suficiente número de individuos. En química se llama «reacción en cadena». Es la preguerra, es el proceso de intoxicación masiva basada en la manipulación, la tergiversación y la propaganda. Iniciada la reacción, se retroalimenta. Cuando, además, se logra que los que pueden oponerse se sientan acomplejados, entonces alcanzamos el paroxismo que sirve de antesala para el desastre.

Nos resulta relativamente fácil verlo en la forma en que se desarrolló este proceso en la Segunda Guerra Mundial. Alemania se sabía injustamente tratada tras el Armisticio de Versalles y los aliados, acomplejados, también lo sabían. Cuesta más, sin embargo, verlo desde dentro en

el caso de la Guerra Civil Española. No obstante, los pasos, con sus singularidades y variantes, son similares.

El proceso de deriva hacia posiciones insostenibles que se inicia con la Segunda República, viene impulsado desde corrientes propias de una época en la que los enfoques de izquierdas y derechas son irreconciliables; es difícil negociar con quien cree que la responsabilidad de cualquier cosa que suceda es siempre del otro. Ese negacionismo, amparado por intereses contrapuestos, lleva a concluir que la única solución viable es imponer las ideas por la fuerza de las armas.

Del análisis que Pío Moa realiza, apoyándose en las fotografías, cabe inferir que, por la cuneta de las ideas, siempre corre la sangre. Pero, ¿cuáles son esas ideas tan trascendentales? ¿Qué impulsa a los individuos a poner en juego la convivencia de toda una sociedad a cuenta de esas ideas? ¿Realmente hay alguna idea por la que merezca matar o morir?

Desde luego, bajo el barniz de las ideas está el poder y el dinero: el socialismo, el comunismo o el anarquismo pugnan por alcanzar ambos objetivos en una España rota, pobre, despoblada y de-

solada, amparándose en la necesidad de subvertir el orden establecido.

La idea de lograr establecer un orden en el que reine la paz y la justicia, donde las personas puedan desarrollarse libremente, es fácil de entender y de aceptar.

El problema surge cuando, para hacerlo, es necesario imponer, reeducar, domeñar, castigar o acabar, con todo aquel que no esté conforme, no ya con la idea, que termina quedando en segundo plano, sino con el modo de llevarla a la práctica. Es entonces cuando surge la dicotomía. Recurriendo a Maquiavelo, ¿el fin justifica los medios? Ante una respuesta afirmativa, tenemos la solución a todos los problemas. Si es negativa, solo cabe la resignación. Visto de este modo, las sociedades, dirigidas por individuos que optan por la primera vía, toman las riendas de una idea para transformarla en un desastre de colosales dimensiones. Véase Lenin, Stalin, Hitler, Mao o cualquiera que lo haya intentado.

Todos los que lo han probado han fracasado de la manera más cruel posible: han fracasado en la espalda de otros. A pesar de ello, esa es la paradoja, una idea fracasada que se reformula, una y

otra vez, para fracasar de nuevo. Es absurdo pero funciona.

No hay más que repasar las noticias actuales en nuestro país. De nuevo surgen los mismos fantasmas con otras sábanas. Tienen la solución: nacionalizar, igualar por debajo, construir pobreza, adormecer las mentes. Las leyes que impulsan los delatan. La de educación es particularmente difícil de digerir, en lugar de promover educar por arriba, lo tratan de hacer por abajo. Con ello se consiguen sociedades cada vez más dóciles y adormecidas, *¿panem et circum?* Y todo aquel que alza la voz en su contra es tildado de fascista. Sencillo, práctico y además funciona.

Curiosamente, lo que es fascista es el planteamiento que encierran estas leyes. Y así, la de igualdad, la de memoria histórica, la de género; leyes que sintetizan el mundo en el que deberán vivir nuestros hijos, leyes que amordazan conciencias e ideas cuando estas no son conformes al relato oficial, ¿les suena? Se trata de lograr una sopa homogénea en la que todo esté controlado, no haya versos sueltos, no haya disparidad de criterios, una sopa insípida que todos consideremos sumamente sabrosa. ¿Huxley? Quizás, ¿Orwell? Elijan.

No quiero dejarme en el tintero al nacionalismo, con todo lo que implica. Un fenómeno que hunde sus raíces en el romanticismo del siglo XIX y que lleva en sí mismo a la destrucción de la convivencia.

Me pregunto en ocasiones, por qué no juzgamos por genocida a Julio César. Hemos llegado a un punto en el que el revisionismo parcial y anacrónico de la historia nos lo permitiría. Solo se trata de subir un peldaño más.

Una vez logramos dividir la Historia en buenos y malos, al albur de nuestro recto criterio, no dejamos de poner etiquetas: Franco es malo, Stalin es bueno, Hitler es malo, Mao es bueno, Mussolini es malo, Lenin es bueno... Es cuestión de seguir, Julio César es malo, Vercingetorix es bueno, Suetonio Paulino es malo, la reina Boudica es buena. Es fácil.

Con demasiada frecuencia olvidamos que la historia no se construye sobre posicionamientos ideológicos, sino sobre hechos y circunstancias concretas y contrastadas. Obviamos al hombre y elogiamos o vilipendiamos al personaje que representa, según nuestra propia realidad. Automáticamente deberíamos ser cuestionados por ello.

La historia no debería estar nunca al servicio de intereses sectarios. Ello nos lleva a callejones sin salida y el nacionalismo es uno de ellos. Curiosamente, se trata de un posicionamiento ideológico que, en condiciones normales, jamás podría amparar una doctrina de izquierdas. Sin embargo, es lo que tenemos.

De nuevo surge la duda sobre qué clase de individuos son aquellos que abrazan una idea y la contraria. Difícilmente se puede cantar la *Internacional* y después conectar con la fragmentación, como base para construir el futuro. Es lo bueno de nuestra izquierda más fanática, la pasada y la actual.

Pío Moa nos ayuda a centrarnos en ideas controvertidas y sus consecuencias, tratando de no ampararse en el fanatismo idólatra de buenos y malos. Nunca está de más recordar que la Historia la construyen los hombres, con sus virtudes y defectos; no podemos amplificar unos acontecimientos y silenciar otros.

Las imágenes, con su fuerte carga dramática, contribuyen a poner de manifiesto una relación que las más de las veces no vemos: causa-efecto.

JUAN MANUEL SÁNCHEZ VALDERRAMA
Ingeniero, historiador y escritor

1.

LA QUEMA DE IGLESIAS

El 11 de mayo de 1936, antes de que pasara un mes desde la inauguración de la República, comenzó en Madrid el episodio de la llamada quema de conventos. El gobierno, reunido, decidió no hacer nada, a instancias de Azaña, que se negó rotundamente a tomar ninguna medida, cosa que obedeció el resto del gobierno y, a disgusto, el católico y conservador presidente de la República Alcalá-Zamora.

Ante la impunidad, la oleada de incendios se extendió por Andalucía y Levante, provocando protestas de otros países y un gran descrédito para la recién nacida República. En la oleada de incendios ardieron más de 100 edificios, incluyendo bibliotecas y centros de enseñanza, además de iglesias, donde se destruyeron obras de arte

invalorable de Zurbarán, Van Dyck, Coello, etc. Ante el desastre, a los tres días el gobierno declaró el ¡estado de guerra!, para unos desmanes que habría podido resolver rápidamente la Guardia Civil.

Las tropelías fueron perpetradas por bandas de delincuentes que, al parecer, salieron en Madrid del Ateneo y de la Casa del Pueblo. El mismo Indalecio Prieto, ministro socialista de Hacienda, salió en las primeras horas a conocer los hechos y declaró que se trataba de «bandas de golfos incendiarios». Sin embargo, oficialmente las izquierdas afirmaron que se trataba de una protesta del «pueblo», rebajando a este al nivel de unos criminales, aunque al mismo tiempo sugerían que se había tratado de provocaciones de los «monárquicos» y de la «reacción». Fueron los primeros atentados terroristas, que en los años siguientes aumentarían en número y gravedad.

Los efectos de aquellos atentados consentidos por el gobierno fueron múltiples:

1. Un grave descrédito nacional e internacional para una República nacida sin oposición.
2. El descrédito de Alcalá-Zamora entre las derechas y católicos, como responsable por pasi-

vidad de aquellos delitos. Alcalá-Zamora, antiguo ministro monárquico —y no de las izquierdas—, había sido el principal promotor de la República y, por ello, fue nombrado su presidente.

3. Un fuerte descontento en la mayoría católica del país, parte de la cual había votado por la República.

4. Algún inicio de conspiración militar, aunque sin ninguna consecuencia.

5. Un duro golpe a la cultura: la destrucción de bibliotecas y obras de arte se convirtió casi en una tradición republicana, que llegaría al paroxismo en el transcurso de la Guerra Civil.

6. Una profunda división dentro del pueblo, que se iría agravando en los años siguientes.